Los ladrones contra las personas, 1

Se ha dicho, y lo certifico, que la historia de la humanidad ha sido la historia de una lucha de clases. Pero yo querría añadir: ha sido la historia de una lucha de clases, solo contestada en los momentos más favorables, porque ha sido, fundamentalmente, la historia del robo habitual de los ladrones contra las personas.

No todos los ricos tienen por qué haber sido ladrones. Una persona puede tener una idea, invertir y producir un artículo, o un servicio, que no se le haya ocurrido a nadie, y, cobrando un precio justo, hacer su primera fortuna. O puede ir a un país diferente, y enseñar unas técnicas, un proceso curatorio, que nadie conozca, y hacerse rico cobrando precios normales, o puede hacer, o bien representar, una película que sea un gran éxito mundial... Esto es una cosa que se tiene que reconocer y, dado el caso, respetarla.

Lo más corriente no es nada de esto. Pagar sueldos miserables, cobrar precios excesivos, conseguir de manera furtiva una exclusiva, robar unos planos secretos, aprovechar un cargo público para obtener ganancias indebidas, vender un producto a precio más caro, aprovechando una situación de escasez, imponer unas condiciones difíciles a una persona, o a muchas, aprovechando una situación de necesidad, que no se puedan negar... Son múltiples las maneras.

Un poeta, no recuerdo quién, cantó, en un funeral al que asistí, esta canción:

D’ençà que món és món,

I mireu si és antic,

Sempre hi ha hagut un pobre,

I al seu damunt, un ric.

Los testigos de esta constante histórica son pocos, porque siempre se ha tendido a esconder la realidad, a hacer desaparecer pruebas, a no dejar que se divulgara... Pero son contundentes.

Los profetas de Israel, de cuando Israel era Israel, son claros y duros:

«Pisáis a los débiles y les quitáis su parte de grano.»

«...abusando del poder que tienen en sus manos. Si desean campos, los roban; si quieren casas, las toman; extorsionan al cabeza de familia...»

«Los ricos de esta ciudad son unos explotadores...»

Los robos de los ricos, o de quienes se están haciendo ricos, apropiándose de los bienes ajenos, generalmente no se producen de una manera habitual y corriente, sino sobre todo en momentos de cambio de una sociedad, con motivo de un arranque económico, de una guerra, de un cambio de época... Cuando las circunstancias «excitan» el deseo de robar más. Pondré dos ejemplos muy elocuentes.

En Catalunya, en el siglo XI, cuando se vive un momento de enriquecimiento. En mi libro «Episodis d’història de Catalunya», escribo:

«El conjunto de todos estos factores enriquece el país, pero también tiene una consecuencia que será decisiva: desvela la codicia de los nobles y de los castellanos [atención: no quiere decir habitantes de Castilla, sino señores de castillos militares], codicia orientada a apropiarse de las nuevas ganancias económicas (...) y emprenden una política de coacción y de violencia hacia los campesinos de la demarcación, de cara a apoderarse de los “alous” [propiedad privada de un campesino] y a imponerles cargas económicas. Para conseguir estos objetivos, recurren incluso a la perversión sistemática de la justicia, y las confiscaciones de bienes de las familias campesinas proliferan.»

El otro ejemplo, para variar, se da en la Inglaterra del siglo XVIII. En plena Revolución Agrícola, precursora de la Revolución Industrial. Intentos de los campesinos más ricos, más emprendedores, de apoderarse de más y más tierras. No hay constancia de que hubiera muchas apropiaciones de tierras de otros campesinos, pero sí, y mucho, de las tierras comunales (del común, municipales), donde todos los campesinos de la cercanía iban a pacer los animales, recoger leña, cazar conejos o perdices... Veamos cómo lo explica Phyllis Deane («La Primera Revolución Industrial», pág 50):

«Hay pruebas de que el consumo de alimentos bajó entre los campesinos pobres en la segunda mitad del siglo XVIII, hasta reducirse a una dieta compuesta básicamente de pan y queso. Porque el sistema de «enclosures» (cercamiento de los campos con vallas) les había arrebatado sus pastos y la tierra donde recogían la leña para cocer sus comidas calientes. Al mismo tiempo, se redujeron sus posibilidades de cazar con trampas o de pescar (…) La carne desapareció virtualmente de la mesa de los campesinos pobres.»

Hay maneras y maneras de robar, y las hay que «parece» que no sea robar...

Aquella Revolución Agrícola tuvo unos resultados extraordinarios, alimentando a mucha más gente y arrastrando la Revolución Industrial. Uno puede pensar: ¿Qué importa que unos cuantos miles de campesinos tuvieran que comer solo pan con queso? Pero todo empezó mal, robando, y continuó robando, a todos los obreros de las fábricas. Estos trabajadores de las primeras décadas, seguro que no comían mucho más que aquellos campesinos.

Parece claro que los ricos, generalmente, y salvo excepciones, se han hecho ricos, casi todos, robando a los pobres, robando a la gente normal, robando a las personas. Y decirlo claro no es ninguna exageración, ni ninguna demagogia. Lo tendríamos que decir siempre, hasta que los cayera la cara de vergüenza. Si los denominamos «inversores», «emprendedores», «financieros» y palabras más bien elogiosas, continuarán robando. Si les decimos que su actuación es «mejorable», que «no es bastante justa», que «pone en peligro la estabilidad de la sociedad», considerarán que esto ya entra dentro del juego de las contradicciones normales en una democracia.

Nuestra visión de la vida tendría que ser: los llamados «pobres» son, casi siempre, personas empobrecidas por el robo sistemático de los ricos.

Antoni Ferret